
Calendarios

Isabel Quiñónez

Imaginemos ahora que somos un extranjero de postín. Llegamos a la ciudad de México el 14 de enero de 1855 dispuestos a tomar y vender la plaza, pues somos José Zorrilla. Frente a la diligencia nos recibe el prominente conde de la Cortina y un grupo de literatos, quienes poco después desatan una lluvia de composiciones elogiosas. Las dedicatorias brotan sin aviso y con tal inspiración llenan columnas y columnas de periódicos. Nosotros, zorrillescos, prodigamos leyendas en verso —que ya tienen un público cautivo—; fincamos nuestros reales entre poesías dedicadas a excelentísimos señores o cortejamos a las Rosas Mexicanas (que también pueden nombrarse como féminas de *buena sociedad*) con serenatas moriscas y otras poesías de ocasión.

El tiempo transcurre, mientras vamos redactando una correspondencia dirigida a Angel Saavedra, duque de Rivas —español y aristócrata, par nuestro—. Será reunida bajo este título: *México y los mexicanos*. En ese lugar detallamos, somos puntillosos, dogmáticos, campanudos; dictaminamos, por ejemplo, por qué este país no ha producido “genios dominadores ni obras literarias de consecuencia”. Pero también atisbamos salones y espacios públicos del exvirreinato, hoy república enferma por sus finanzas, agitada por presidencias que duran algo más que un relámpago y, claro, con frecuentísimos cambios minis-

teriales. Nuestros apuntes incluyen notas referentes a cosas curiosas, como esos librillos que tanto circulan en México.

Ahora, escuchemos la voz de José Zorrilla:

Hay otro género de literatura indígena de este país, pues no la he hallado en ninguno de los que yo he recorrido... el de los calendarios.

Un editor, un impresor, no importa quién, se propone como base de una pequeña especulación hacer un calendario. Con el fin de darle interés y valor comercial, añade a las doce hojas que ocupan los nombres de los santos de los doce meses del año, 40, 50 y hasta 100 páginas, en las cuales reimprime lo que le parece más a propósito para llamar la atención, bajo los títulos y epígrafes más excéntricos que se le ocurren... Estos librefijos, vendidos a precios muy bajos, únicos que están al alcance de la gente pobre, corren entre el pueblo y son llevados por los buhoneros ambulantes a los pueblos, ranchos y haciendas, y no hay casas en donde no halle V. tres o cuatro.

Según Zorrilla hay dos especies. En una el editor procura, con más o menos tino, ser útil. La otra es inmoral y estúpida, indocta y ilopeor! injuria a gobernantes y a toda especie de reputaciones.

En el fragmento citado, Zorrilla menciona siete elementos que casi casi engloban los componentes de una red de comunicación concretada por impresos populares que gustaban o buscaban no sólo a los pobres. Tales calendarios son 1) un género de publicaciones que, asegura, es mexicano; 2) lo anteceden títulos *sui generis*; 3) toma su nombre de una sección, la calendárica; 4) se prolonga en 40 o hasta 100 hojas cuya utilidad varía o bien pertenecen al bajo mundo de la difamación; 5) se da a bajo precio y la baratura es relacionable con su amplia difusión; 6) lo distribuyen buhoneros —entre paréntesis, estos vendedores ambulantes eran llamados aquí mercilleros, merceros o barilleros—, y 7) son factura de impresores o editores, especímenes cuyo solo fin era, al parecer, el lucro.

Nuestro viajero es olvidadizo, no recuerda por lo menos a dos ramas de antepasados de esta "literatura indígena". Una fueron sus abuelitos españoles; entre ellos esos pronósticos del año por venir que durante 50 años dieciochescos otorgaron buenos dineros a Diego Torres de Villarroel. Otra los *calendriers* y *almanachs* franceses nacidos en el siglo XV que aunaban predicciones sobre el clima, consejos para siembras, remedios medicinales, horóscopos. Ya en el *Ancien Régime* incluían listas de autoridades y demás notables; por aquel entonces brotaron nuevos, el *Almanach galant* con poesía amorosa y el "literario" que combinaba varios tipos de supuestas o reales bellas letras. La revolución de 1789 ocasionó almanaques que entrelazaron propaganda —jacobina en especial— con enseñanzas tocantes a economía, moral y patriotismo; algunos acudieron a la mordacidad durante periodos turbulentos; otros sacaron jugo de los títulos llamativos, factores para la venta exitosa según lección dictada por hojas volantes, cuadernillos de índole diversa y otros impresos populares.

En verdad, los calendarios pertenecen a una familia antigua, que se diseminó a lo largo de, cuando menos, Inglaterra, varios países latinoamericanos, Italia, Estados Unidos, donde Benjamín Franklin vendió a pasto su *Poor Richard's Almanac*.

Regresemos al agitado México de 1855; ahí los calendarios son ciertamente un árbol de follaje veraniego; haciendo aparte los textos de enseñanza encontramos una minoría de libros más o menos costosos, que a menudo se editan a partir de suscripción previa, por entregas —las cuales quizá aparecen en una plana diarística de, digamos, *El monitor republicano* o *El siglo diecinueve*— y que sólo al concluir éstas son empastados.

Casi todos los calendarios cuestan un real... y pueden hojearse todo el año; se venden a millares, como constan las tarifas que anuncian sus páginas, por ejemplo: 12 por 7 reales, 100 por 7 pesos, 1000 por 55 pesos. Sus hojitas —de 14 a 15 cm de alto por 8 a 10 de ancho— van cubiertas por papel de color que atrae con adornos tipográficos o con ilustraciones que van de lo agradable a lo estupendo pasando por lo que a nuestros ojos parece cursi. Además de viñetas, los interiores pueden traer pliegos insertos con abecedarios, las escenas más asombrosas de una comedia de magia, caricaturas políticas o los deliciosos "Animales parlantes" ideados por Grandville, notable artista galo.

Los sacan a luz grandes y pequeños. Hay empresarios-editores, como Ignacio Cumplido quien abarca toda la gama de impresos: periódicos, revistas científico-literarias (como las llamaban), obras que requieren tipos para notación musical o matemática, estampas de cristos, vírgenes y santos, tarjetas a bajo precio o en papel fino. Hay hombres enfrascados en política, quienes bajo seudónimo o sin nombre forman pequeñas imprentas o acuden a negocios de ese tamaño para fraguar materiales explosivos; no es raro que las imprentitas sean volátiles: desaparecen cuando el garrote se aproxima. Hay, asimismo, quienes se iniciaron como aprendices y ya maestros en el oficio y en el negocio dan a la prensa todo lo que se vende bien, desde catecismos, devocionarios, gramáticas o cartillas para aprender a leer, hasta calendarios. Hay libreros que contratan talleres diversos y logran colecciones de fama.

Los títulos pueden ser gancho comercial o gancho al hígado del adversario. La siguiente lista de nombres (ante cada uno debe añadirse

la palabra "calendario") lo muestra: Nigromántico; de Cuentos de duendes y aparecidos; de Pedro de Urdimalas; de Simón Garatuza; de Las mil y una noches; de La cocinera mexicana; Impolítico y justiciero; Caricato; de La risa; Liberal del Licenciado D. Liberato Garabato Panzacola.

En cuanto al ritmo anual, a más de celebraciones civiles y del santoral, son señalados: fiestas de guardar, días para confirmaciones o para rezar a las ánimas, aquellos en los que tal o cual templo o institución religiosa expone reliquias, fechas de jubileos e indulgencias constituyen un eje firme, han permanecido desde 1776, cuando Felipe de Zúñiga y Ontiveros prácticamente terminó de modelar esta sección. Puede decirse que don Felipe también hizo prevalecer el formato que perduraría, así como la designación: ya no *Kalendario y Pronóstico*, términos que él mismo usaba en anuarios precedentes, sino calendario, *Calendario manual para ser exactos*, pues había conseguido privilegio para editarlo en exclusiva.

Estamos en pleno siglo diecinueve —como se decía— y esta sección puede anunciar vientos arrasantes, fríos crudos o calores bochornosos; aparece, con sus fases, la eterna y cambiante luna, negándose a salir del orbe que los astros, crearon si bien ya no se menciona al Fénix etéreo (o sea el sol) que, en compañía del astuto Mercurio, distribuye sus luces durante un equinoccio primaveral donde Venus predominó, por lo cual puede afirmarse que el verano será fresco y húmedo y la salud padecerá fluxiones; no, ya no se previene a los náuticos sobre tormentas borrascosas: el cielo de las estrellas fijas, todas las esferas con transparencia enmudecieron. El zodiaco —en estas páginas al menos— carece de poderes, sólo se enuncian comienzos y fines de Acuario, Leo, Piscis, Virgo, etcétera; pues al principiar esta centuria los calendarios dijeron adiós a cálculos astrológicos y con ello a sus antecesores: efemérides basadas en mapas numéricos del firmamento, lunarios, repertorios de los tiempos; han sido cancelados los horóscopos. Estamos en pleno siglo diecinueve y esta sección admite máximas o anécdotas de hombres ilus-

tres, consejos industrioses, consejos domésticos, chistes simplones, también frases mordaces.

Los calendarios aprendieron a enseñar entre el resquebrajamiento colonial y el fugaz imperio de Iturbide, cuando entraron en funciones José Joaquín Fernández de Lizardi y José Mariano Ramírez Hermosa.

Lizardi, resuelto a ganarse la vida como escritor, pudo comprar en tiendas recurriendo a géneros que mucha gente gustaba: fábulas, poemas con títulos llamativos y a vender en hojas sueltas, una pastorela que logró muchas ediciones. Se conocen un pronóstico y 4 calendarios suyos. *El Pronóstico curioso en el que se miente alegremente a costa de las nubes y de la atmósfera; pero se habla la verdad en otras cosas, como verá el que lo comprare*, elaborado para 1816; un *Calendario y Pronóstico del Pensador Mexicano*, anunciado para 1818. El *Calendario histórico y político* que preparó para 1824, cuyas "Notas históricas de México" reflexionan y en el cual hay algo notable a primera vista: la gráfica, pues, como los recitadores de oficio, los poetas del Baratillo, los cantadores de corridos, Lizardi conoce el poder imantatorio de las imágenes que son escenas culminantes y lo usa. Para que no quede la menor duda aclara, además, en largos pies de grabado lo que las estampas quieren decir; así bajo un águila que aferra el gorro frigio y señorea símbolos de combate, escribe:

Mejicanos, sostengamos esta alegoría. La Nación mejicana, representada en el águila, tiene a sus pies los trofeos de guerra. En una mano empuña el gorro de la libertad y en el pico, en vez de víbora la sentencia mejor lleva.

La leyenda decía: "con el valor y la unión se afianza la libertad".

Las "Notas curiosas" del calendario homónimo para 1825 lo muestran alegador, burlón, soñador práctico, empeñoso y franco. Ahí se lanza contra prescripciones religiosas, como aquella según la cual los indios serían considerados catecúmenos durante 300 años. Lo he oído decir, apunta,

bien, si esto es así, han pasado ya los 300 años del neofitazgo... ¿hasta cuántos siglos han de ser los indios aprendices de cristianos?

También se lanza contra excesivas fiestas de guarda, pues su multitud

es muy dañosa, en especial a los pobres artesanos que no tienen otro patrimonio para subsistir diariamente con sus familias sin el trabajo de sus manos: de manera que el día que no trabajan empeñan, o se endrogan o ayunan.

En la parte correspondiente a los meses parodia el género augural, censura sonriendo cuestiones políticas y sociales o se pone admonitorio. Escúchense estos ejemplos:

Enero:

En este mes y los que siguen, si no varía la atmósfera, lograrán los empleos y colocaciones ventajosas, los que tengan dineros o fuertes y hermosos empeños...

Día 18. Conjunción a las 9:00 p.m.: Todo el que se atuviere / en este mundo / al mérito y justicia / llámese burro...

Julio:

En cualquier revolución siempre sacarán el mejor partido los equilibristas, porque juegan con serenidad y sin peligro. El egoísmo es ventajoso aunque no honroso.

En 1825 Lizardi dedicó un calendario a las señoritas mexicanas, subrayando que se dirigía especialmente a las patriotas.

José Mariano Ramírez Hermosa, como si fuera autor de *Almanach galant*, hizo a partir de 1822 minúsculos calendarios portátiles (medían 7 por 5 cm) con envío a las señoritas, a las damas de Anáhuac. Las Dedicatorias iniciales pedían su amparo; grabados alusivos a las estaciones acompañaban poemas con solicitud de placer —besos, danzas, vino— y consuelo, introducían el intimismo de una Arcadia ideal. Lo anterior no excluyó un ideal dieciochesco, el de ser guía: en las "Notas

cronológicas" casi puede oírse hablando de esta manera: miren, niñas, nuestra nación se originó hace mucho, lean la historia de los reyes tlatoalcas que he incluido aquí. Pero Ramírez Hermosa no quiere sólo comer con sus niñas, sino también de ellas y las apremia año con año: no han de abandonarlo negándole la gracia de sus reales monedas; denuncia, además a envidiosos que intentan gozar su coto, robárselas.

Durante la década de los veinte, Ramírez se asume patriota y un tanto como divulgador científico. En 1828 considera indispensable entreverar la tradicional cronología católica con asuntos aztecas, por ejemplo, cuándo fue "electo" Moctezuma II, la fecha de su muerte. Este nuevo mexicano necesita precisar el día en que cayó *nuestra antigua nación*, a manos de quién y calificar el periodo como fatal. Desea que la memoria fije no únicamente episodios cabalísticos de la lucha insurgente (el 15 de septiembre) sino que la recuerde moviéndose (ocupación de Guanajuato; batallas del monte de las Cruces, de Aculco; triunfos, derrotas, muerte de Morelos; acciones de Xavier Mina). También le importa el devenir social que leyes y tratados concretan (la Constitución de Cádiz, su "segunda publicación", la de Apatzingán, los tratados entre Iturbide y O'Donojú, el primer congreso constituyente mexicano). Juzga a Agustín I, cuya ejecución le parece que prelude un futuro promisorio.

Otro punto a su favor es la factura esmerada de sus publicaciones. Quizá con el *Calendario portátil para el año de 1829. Dedicado a las mexicanas* regresa a México el arte tipográfico: en su estricta (o limitada) acepción éste ascenderá, en los calendarios de Mariano Lara (editados de 1839 a 1849) a una sencilla, asombrosa hermosura.

Hasta 1847 estos libritos tienen una impronta general semejante —en su medida— a *El museo mexicano, o miscelánea de amenidades curiosas e instructivas*, revista de calibre impresa por Cumplido. Sus intenciones —cuya pureza varía conforme al editor— son en parte las que expresaron Antonio Alzate y José Ignacio Bartolache, Lizardi: reformar las costumbres educando en aulas amenas, recurrir al ejemplo virtuoso de

grandes hombres. Los rocían granitos de sal que sazonaron aquellos *Nomeolvides* que el londinense Ackerman hizo para Hispanoamérica en las primeras décadas del XIX: cuentos, poemas, anécdotas, descripciones de viajeros, fábulas y estampas; así como el relato lacrimógeno. Los calendarios ansían progreso industrial y económico.

En 1849 un presente lastimoso asoma su cara. Varios calendaristas hablan francamente sobre la veintena de años que apilaron error tras error; se refieren a las continuas “guerras entre hermanos”, sobre el espíritu de partido tinto en inmoralidades; reseñan tanto la rebelión tejana como la revuelta de los polkos, las condiciones y el término de la ocupación norteamericana; hay quien procura persuadir a sus compatriotas que tomar al país norteño como modelo violentó el “orden natural de las cosas” mexicanas, este error, pues, ha tenido consecuencias desastrosas. El talante de estos caballeros es grave.

Otros acuden a la ironía, a la parodia. No avisan antes de transformar el águila en jovencita desharrapada; México se esfuma ante diputados omnipresentes que roncan a pierna suelta y roban a plena luz sin que, desvergonzados, procuren esconder sus orejotas de burro. Ninguno de estos mentecatos es digno de benevolencia, dice el caricaturista a quien los calendarios abren sus páginas. La destreza de un cirujano para sus intenciones carniceras, eso quieren los caricaturistas políticos. La Patria llora en el *Calendario de Abraham López* para 1852; según la “Escala social de la República Mexicana”, que aparece en el *Nuevo calendario de J.M. González* para 1850, la clase elevada está por el dinero, la media por hablar y sólo hablar, la ínfima por nadie está: ni por los partidos, que la han engañado; ni por el ejército, pues éste ha prodigado su sangre; ni por el clero que chupa el fruto de su trabajo pues debe pagarle el beneficio de la vida y hasta un pedazo de tierra al fin de ella... son los esclavos que se convirtieron en hombres libres, y libres hasta tocar en libertinos pues el pueblo-rey no entiende cómo es eso de ser y no ser, de tener y no tener.

Conforme a este contexto la legislación es un teatro armado sobre el viento. México, una nación corrupta donde se elogia toda clase de crímenes. México es una constante blandronada, o como dice Abraham López (en su calendario para 1848), la república mexicana está

hecha una real y positiva baraja; por más de veinticinco años hemos visto lo siguiente: Si mandan muchos, todos juegan albuques y si pocos se juega al tresillo; pero todos le tiran a la hacienda pública. Lo admirable de todo es que por más que barajen las revueltas políticas siempre tenemos las mismas sotas, los mismos caballos y en general los mismos monos.

“México” y “Nuestra Federación”, piedras hirvientes, se hallan en el calendario de López para 1852 que conforme a la clasificación de Zorrilla pertenecen al orbe inmoral, injurioso, injustificable. Ahí también se localiza “La Semana Santa en Roma”. Pensamos que el protagonista de “El mercero”, texto incluido en *Los mexicanos pintados por sí mismos*, alude a esta publicación, que iniciaría su mínima fortuna. Con tres reales compró papel de agujas, media docena de bolitas de hilo y la misma cantidad “de cierto calendario que un mal intencionado muchacho me vendió —dice a razón de tlaco por cada uno”. El hombre revende los libritos por un real, en menos de una hora se le agotan y compra otros doce. Antes de concluir dejemos que este personaje esencial para las redes que tendían los calendarios cuente su aventura:

El calendario origen de mi fortuna, contenía varios artículos, y entre ellos uno le grangeó la prohibición de su venta. Como sucede siempre el anatematizado almanaque aumentó de valor para ciertas gentes aficionados a lo vedado, las cuales me lo compraban a cuatro reales más de lo que valía, y bajo el pretexto de leer un artículo que describe Semana Santa en Roma.. y hubo pedazo de alcorcho tan

entusiasta que llegó a ofrecerme el valor íntegro de diez calendarios en cambio del prohibido.

Por desgracia ya no me quedaba ni uno solo. Yo había pregonado inocentemente el calendario, lo cual hizo que le vendiese como nadie, teniendo la fortuna de no dar en manos de los esbirros encargados de recogerle.

Y es que las leyes de imprenta en este tiempo vigentes —fueran obra de liberales o de conservadores— castigaban todo impreso considerado como injurioso o calumnioso, aunque (según especificaban sus artículos) se disfrazaran con sátiras, invectivas, alusiones, alegrías, caricaturas, anagramas o nombres supuestos. Vendedores e impresores podían llevar, es muy probable, las de perder.



Monumento a Cuauhtémoc, Reforma e Insurgentes.



Columna de la Independencia.